

# Las crónicas anglo-francesas y la legitimación del principio monárquico en la construcción del estado nación (1337-1453)

## *The Anglo-French Chronicles and the Legitimation of the Monarchical Principle in The Construction of the National State (1337-1453)*

Miguel Ángel Maeda Torres

Licenciado en Historia. Profesor Adiestrado del Departamento de Historia, Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de La Habana, Cuba.

Email: mmaeda@nauta.cu

[Recibido: 21/8/2018 ♦ Aceptado: 17/11/2018]

**Resumen:** El artículo propone una reflexión en torno a las crónicas anglo-francesas que recogieron los acontecimientos de la Guerra de los Cien Años (1337-1453), conflicto bélico acontecido entre fines de la Baja Edad Media e inicios de la Modernidad, que es clave para comprender el surgimiento de los estados nacionales en Francia e Inglaterra. Este estudio centra su análisis en el papel que desempeñaron las crónicas como instrumentos ideológicos del poder monárquico, el cual ya en esa época estaba dando pasos hacia la centralización estatal que permitió la aparición de dos estados nacionales pioneros en Europa. Es propósito de este artículo desentrañar las formas en que los cronistas desempeñaron su tarea legitimadora, valorar sus efectos y resultados, además de explicar el contexto en el cual estuvieron insertadas sus obras como preámbulo fundamental de esta investigación.

**Palabras claves:** crónicas, reino de Francia, reino de Inglaterra, principio monárquico, estado nacional

**Abstract:** The article proposes a reflection on the Anglo-French chronicles that gathered the events of the Hundred Years War (1337-1453), a conflict between the end of the Late Middle Ages and the beginnings of Modernity, which is key to understand the emergence of national states in France and England. This study focuses its analysis on the role played by the chronicles as ideological instruments of monarchical power, which already at that time was taking steps towards state centralization that allowed the emergence of two pioneering national states in Europe. It is the purpose of this article to unravel the ways in which the chroniclers carried out their legitimating task, to assess their effects and results, as well as to explain the context in which their works were inserted as a fundamental preamble of this investigation.

**Keywords:** chronicles, kingdom of France, kingdom of England, monarchic principle, national state

## INTRODUCCIÓN

La crónica<sup>1</sup> es una importante fuente para el estudio de la Edad Media, pero la actitud acrítica de los cronistas con sus fuentes y la excesiva subjetividad que le imprimían, ha provocado que muchos historiadores la desechen como una fuente útil dentro del campo historiográfico. Sin embargo, su utilidad como fuente histórica ha comenzado a ser rescatada, a partir de reinterpretaciones como la que propone la historiadora norteamericana Gabrielle Spiegel (1997). La medievalista mediante el método que denomina la *lógica social del texto*, analiza este último no solo como un reflejo de su época, sino también como un elemento que influyó y produjo cambios en ella. Estudiar la crónica desde esta perspectiva, incluso con aquellos elementos que evidentemente son invenciones deliberadas del cronista, tiene gran utilidad para el historiador contemporáneo porque revela la mentalidad y la ideología de la época, mediante la “realidad” que pretendía construir el cronista.

Precisamente construir una “realidad” fue la labor de los cronistas franceses e ingleses que narraron los acontecimientos de la Guerra de los Cien Años. Durante los

siglos XIV y XV los cronistas desempeñaron un papel muy activo en Francia e Inglaterra, registrando los acontecimientos de la Guerra de los Cien Años. Pero, más allá de la mera narración factual, en ocasiones errática, algunos cronistas tenían un objetivo concreto: legitimar. Esto no era en lo absoluto nuevo en la Edad Media. Pero, la forma en que los cronistas, o al menos algunos de ellos, se posicionaron al lado de los monarcas en esta época histórica tiene sus peculiaridades, porque inconscientemente estarían legitimando la aparición de los futuros estados nacionales<sup>2</sup>.

Es importante aclarar que el estudio de la crónica *per se* no es objetivo de este artículo. Se pretende analizar cómo algunas crónicas, y en específico las anglo-francesas de los siglos XIV y XV, contribuyeron a la construcción de los estados nacionales en Francia e Inglaterra. Es imprescindible esclarecer que el concepto de estado nacional en la época tratada no era conocido, ni es el mismo que utilizamos para referirnos al estado nacional del siglo XIX, ni al actual. Además, no se puede asumir al cronista como legitimador consciente de la

<sup>1</sup> La crónica es una historia narrada en orden cronológico, aunque desde el punto de vista historiográfico puede ser algo más complejo:

Las crónicas medievales son construcciones literarias, sociales y políticas con una intencionalidad concreta (...) que utilizan toda la potencia del poder mistificador del pasado. Un estudio adecuado de las crónicas medievales debería permitirnos a acceder no sólo a un mejor conocimiento de las sociedades medievales desde las que fueron articuladas, sino también a la mejor comprensión de los mecanismos y las motivaciones que han regulado la escritura de la historia en todas las épocas, desde la clásica a la postmoderna. (Aurell, 2006, p. 809)

El historiador francés Jacques Le Goff, en su libro *La Civilización del Occidente Medieval*, sobre la crónica medieval expresó:

La historia tiene un principio y un fin, eso es lo esencial. Ese comienzo y ese fin son a la vez positivos y normativos, históricos y teleológicos. Por eso toda crónica, en la Edad Media occidental, comienza por la creación, por Adán, y si, por humildad, se detiene en la época en que escribe el cronista, deja sobreentendida como verdadera conclusión el Juicio final. Como ya hemos dicho, toda crónica medieval es un relato de la historia universal. (Le Goff, 1999, p. 139)

Le Goff definió al hombre medieval como indiferente al tiempo, pesimista, debido a que de todas formas el Juicio Final estaba por venir. De ahí otra característica de la crónica,

su autor no solía ser preciso en fechas y se valía de adverbios de tiempo que restaban precisión al relato.

Aunque las dos conceptualizaciones- ambas muy consonantes entre sí- definen con acierto a la crónica medieval, habría que añadir que las crónicas de los siglos XIV y XV tienen sus peculiaridades. Disminuyó en estas la necesidad de comenzar los relatos por acontecimientos tan lejanos como la Creación del Mundo, y aumentó la tendencia de los cronistas a ser más críticos con sus fuentes.

<sup>2</sup> *Estado-nación* es ... una forma transicional del Estado Moderno, que se caracteriza por la tendencia a procurar hegemonía mediante la identificación de sus fronteras políticas con las de la población y el territorio del o los organismos etnosociales que constituyen interés preferencial -por causas diversas- para el monarca y el grupo de personas e instituciones que forman parte de su jerarquía política. Por razones obvias, cada uno de los integrantes de dicha jerarquía tiene, al propio tiempo, una filiación etnosocioclasista, lo que determina en su conjunto la conformación y el sentido preferente de la mencionada identificación. El resultado de ese proceso -cuando toda la población de tal Estado llega a considerarse una comunidad y autodenomina su identidad mediante el mismo etnónimo, devenido gentilicio- es un *Estado-nación*. (Pérez, 2008, p. 150)

construcción del estado nacional, sino del principio monárquico<sup>3</sup>, que desempeñó un papel protagónico en la gestación del mismo.

Francia e Inglaterra fueron los dos primeros reinos europeos que culminaron su proceso de formación del estado nacional, el que llegó a su punto cimero en la Guerra de los Cien Años. Este conflicto bélico originado por problemas sucesorios y por otras contradicciones de tipo feudal entre los monarcas francés e inglés, condujo a los reinos de ambos lados del Canal de la Mancha a un antagonismo tal, que los habitantes tanto de Francia como Inglaterra concientizaron y erigieron su identidad por encima de las diferencias étnicas y culturales regionales, y de la fragmentación jurídica-administrativa propia del feudalismo. La conformación de este nuevo estado se articuló alrededor del principio monárquico, el cual le dio a cada reino la estabilidad y la centralización política necesarias para construir la nueva estructura política nacional. Por estas razones el período comprendido entre 1337 y 1453 (período de duración de la guerra), es la etapa seleccionada para el análisis.

## DESARROLLO

### LAS CRÓNICAS Y SU CONTEXTO

Las crónicas, se insertaron en un contexto histórico complicado y convulso, y en buena medida reflejan esa complejidad. Los siglos XIV y XV se encuentran en los límites de dos épocas, la Edad Media y la Modernidad. Por ello se pueden identificar en estos siglos elementos de ambas épocas. No obstante, esta dicotomía para un habitante de Francia e Inglaterra del siglo XIV o XV no era perceptible, vivían en un mundo en que se confrontaban lo novedoso con lo arcaico sin notarlo. Por ello, congeniaban los arietes y las torres de asedio junto a la incipiente artillería, coexistía la fidelidad al monarca por lazos feudo-vasalláticos junto a una lealtad al rey por motivos protonacionalistas, por ello los monarcas actuaban indistintamente por lógicas razones de estado

o por su espíritu caballeresco. Aunque habría que añadir que estos siglos estaban más cercanos a la esencia de la Edad Media que a la Modernidad; aseveración que se demuestra en la Revolución Francesa la que, a fines del siglo XVIII, luchó aun contra la herencia feudal del Medioevo.

Dada la complejidad de esta época histórica que relatan las crónicas anglo-francesas, es fundamental aludir brevemente a su contexto histórico tanto en Francia como Inglaterra.

### EL REINO DE FRANCIA

Francia -según la historiografía francesa- era la tierra donde se desarrollaron las formas más clásicas y acentuadas del feudalismo, las que aún sobrevivían en el siglo XIV. El rey francés estaba en la cumbre de la jerarquía feudal pero no podía ejercer su poder completamente. Francia mostraba una fragmentación política y jurídica tal, que en algunas regiones la soberanía monárquica tenía un carácter completamente nominal. Si bien la monarquía implica detentar la soberanía del reino por una persona (el rey), al menos en teoría, hay que señalar que la monarquía feudal es una forma desvirtuada de esa abstracción. El reino francés, que remonta su origen a los tiempos del reino franco y el Imperio Carolingio, distaba mucho de la centralización estatal que logró crear Carlomagno. Paradójicamente, la semilla de la descentralización fue sembrada por el propio Carlomagno y otros monarcas francos, al pensar que los lazos feudo-vasalláticos serían una solución para garantizar una fidelidad al monarca mediante un compromiso personal (el homenaje). No se puede decir rotundamente que en algunos casos no se haya cumplido, pero falló su resultado de forma general porque los vasallos tuvieron otros vasallos, que en algunas ocasiones no veían al monarca como a su señor. Esto se resume en la frase: “el vasallo de mi vasallo no es mi vasallo”, aunque esto sucedió con frecuencia, no estaba

<sup>3</sup> Este principio no es exclusivo de los siglos XIV y XV, atraviesa toda la Edad Media y alcanza a la Modernidad, pero sin dudas arriba a su forma más acabada con el Absolutismo. La necesidad de la existencia del monarca como máxima figura de la jerarquía feudal, como representante del bien colectivo, distribuidor de justicia, y la aceptación de una ley de sucesión al trono bien establecida, que evitara disputas que trajeran la

anarquía, constituyen el principio monárquico. Este representó un paso fundamental para la aparición del estado moderno de carácter centralizado, dejando atrás poco a poco la fragmentación política del feudalismo, y los cuestionamientos a la autoridad del rey. Por lo que al establecerse este, constituye un avance en el plano político y puede calificarse como “revolucionario” en cierta medida.

en la esencia del feudalismo, el rey debería ser reconocido como la máxima figura del sistema.

A esto hay que sumarle la independencia jurídica y administrativa que adquirieron los señores feudales en sus feudos. Si bien en principio el feudo -políticamente hablando- no es una entidad autónoma, en muchas ocasiones funcionaba como tal. Como expresó Henri Pirenne: “la competencia de la jurisdicción señorial era proporcional, en los diferentes países, a la usurpación del feudalismo respecto a la soberanía del rey. Dicha competencia llegaba al máximo en Francia y al mínimo en Inglaterra” (1972, p. 52). Además, a esto hay que añadirle que Francia no constituía una unidad económica de ningún tipo, y no lo fue hasta fines de la Edad Media, como afirmaba el historiador belga (Pirenne, 1972, p. 114).

Cuando Hugo Capeto ascendió al trono francés, dando origen a una nueva dinastía, el monarca no era más que *primus inter pares*. Algunos vasallos del rey francés poseían más tierras que él mismo y eran más poderosos. Sin embargo, los Capetos se dieron a la difícil tarea de fortalecer el poder de la monarquía e incrementar las tierras controladas directamente por ellos. Si bien no fue un proceso implementado de forma lineal, ni llevado a cabo por todos los monarcas, los progresos alcanzados por algunos fueron realmente notables como fue el caso de los reyes Felipe Augusto, San Luis y Felipe IV el Hermoso.

Aunque la monarquía francesa mostraba los inconvenientes que ya fueron señalados, tenía un elemento que le daba fortaleza y legitimidad, su carácter divino. La mayoría de las monarquías medievales legitimaban su existencia mediante la alusión al derecho divino, no obstante, en el caso francés este fenómeno es mucho más acentuado. Como explica Marc Bloch los reyes franceses eran taumaturgos, y por ello gozaban de una

aureola mítica que les daba prestigio y aceptación en la población (Bloch, 1988). La espiritualidad es un elemento fundamental en la Edad Media, y no es raro imaginar la utilidad que tenía para los monarcas franceses esta creencia popular.

Al arribar el siglo XIV Francia presentó un problema sucesorio serio. Al morir Carlos IV, este no dejó heredero, salvo aquel que portaba en el vientre su esposa. Mientras tanto el poder pasó temporalmente de forma transversal a Felipe de Valois. La reina dio a luz a una niña, la cual no podría heredar el trono según la Ley de los Varones<sup>4</sup>. Por tanto, Felipe de Valois fue coronado Felipe VI. Sin embargo, el rey inglés Eduardo III, era hijo de Isabel “la loba de Francia” quien era a su vez hija de Felipe el Hermoso, rey que había precedido a Carlos IV, por ende, este podría ser heredero al trono con más derecho que Felipe de Valois. Los franceses esgrimieron el argumento de que por Ley de los Varones una mujer no transmite el derecho al trono, en cambio, en el principio monárquico inglés si era posible. De cualquier forma, Felipe de Valois fue aceptado como rey puesto que la nobleza no aceptaría a un rey que para ellos era extranjero, y podría perjudicar sus intereses. Esto sin dudas fue una situación conflictiva pero no bastó para que estallara la guerra.

Tradicionalmente se atribuye, como la causa de inicio del conflicto, a las fricciones producidas por la relación de vasallaje que tenía el rey inglés con el francés, puesto que los monarcas ingleses poseían tierras en Francia. Esto no lo logra explicar del todo. La Guerra de los Cien Años tuvo diversas causas, y la fundamental radicó en la rivalidad de cada reino por extender su poder e influencia hacia diversas áreas como Gascuña, Flandes, Escocia y otras. Se ha tratado de explicar el conflicto solamente por razones económicas, pero estas no son del todo satisfactorias. Los intereses económicos ingleses en Flandes existían, pero la zona más conflictiva fue

<sup>4</sup> A inicios del siglo XIV:

...la ausencia de normas comenzó a crear problemas para la sucesión real. Luis X tenía solo dos hijos, Juana y Juan I, este último póstumo y quien solamente fue rey unos días, puesto que murió rápidamente. Por primera vez en siglos la única posible heredera era una mujer, quien era hija del primer matrimonio del rey y sobre la que pesaba sospecha de bastardía. El hermano de Luis X, Felipe de Poitiers nombrado regente del reino, ansioso de poder, estaba en desacuerdo probablemente con el ascenso al trono de una posible bastarda. Por primera vez se enunció la ley de los varones (*la loi des mâles*). Solamente los primogénitos varones podían heredar. En ausencia

de este un pariente varón cercano del rey muerto debía asumir la corona.

Tal vez este incidente se pueda asumir como el inicio de la aplicación de la ley sálica desde tiempos de los francos. Sin embargo, al parecer el término no se empleaba aún en la época. La ley sálica en realidad fue un conjunto de leyes de diversa índole aplicados por los francos salios, entre ellas estaba la ley de sucesión al trono que se estableció de varón a varón. Su conservación como ley de Francia hasta los siglos XIV y XV es poco probable. De lo contrario su aplicación no hubiese suscitado polémica, algo que se evidencia en las Grandes Crónicas de Francia. (Maeda Torres, 2017, p. 45).

Gascaña, y como se demuestra en el libro de Michael Prestwich (Prestwich, 2005) los beneficios económicos que aportaba esta región a Inglaterra eran insignificantes.

La guerra se prolongó muchos años y las razones por las cuales perduró tantas décadas fueron variando, aunque la esencia se mantuvo. Francia, exceptuando el reinado de Carlos V y Carlos VII, siempre se encontró en una posición desfavorable, a ello hay que sumarle las hambrunas, la peste y las subsecuentes *Jacqueries*. La monarquía francesa se encontraba débil y en peligro de desaparecer, el principio monárquico se puso en dudas cuando solo unos pocos reconocían el derecho al trono del delfín Carlos, hijo de Carlos VI. Esta monarquía necesitaba la legitimidad y un sentimiento aún muy primitivo, el odio al extranjero invasor, el que devendría en un sentimiento protonacional incipiente que fue crucial para ganar la guerra.

## EL REINO DE INGLATERRA

Inglaterra sin dudas tuvo una historia particular en la Edad Media, tal vez debido a su insularidad. El feudalismo allí no llegó en su forma más clásica hasta el arribo de Guillermo el Conquistador en 1066. Los normandos que provenían de Francia importaron el vocabulario vinculado a las estructuras feudales, su lengua, sus concepciones políticas y económicas, etc. Durante muchos años la cultura propiamente inglesa que se conformaba era mal vista por las clases altas. Los idiomas empleados para escribir solían ser el latín y el francés. Además, muchos reyes ingleses no se sentían vinculados a su propio reino o hicieron en él muy poca estancia, como es el caso de Ricardo Corazón de León, quien estuvo la mayor parte de su vida fuera de Inglaterra. Sin dudas esto representaba un problema para Inglaterra, y un obstáculo para la formación de la identidad y para el fortalecimiento de una relación de fidelidad entre vasallo y monarca.

Por otra parte, la monarquía inglesa tenía otra limitante, el poder monárquico estaba restringido por la Carta Magna. Un fragmento de este documento expresa: “A todos los hombres libres de nuestro reino concedemos, para nosotros y nuestros herederos para siempre, todas las libertades escritas debajo, para tener y mantener para ellos y sus herederos...” (The Magna Carta, p. 1)

Dichas libertades son explicadas en el texto y no son objeto de este trabajo, sin embargo, esta Carta firmada por el rey otorgaba determinados derechos a los hombres libres del reino. Esto supuestamente evitaba las arbitrariedades del rey, y aunque no ocurrió así, al menos fueron menores que las que ocurrían en otros reinos. Esto no quiere decir que Inglaterra fuese el único lugar en la Edad Media en que el rey debía respetar los derechos de sus vasallos. Tácitamente se comprendía que el rey era un distribuidor de justicia y debía respetarla al menos de forma ideal. Inglaterra fue uno de los pocos reinos que dejó en la letra sus derechos y exhortó a respetarlos.

Tal vez esto podría considerarse como una debilidad de la monarquía inglesa, a pesar de ello, demostró ser poderosa según los cánones de la época. El rey en Inglaterra no se mostraba como sucedió muchas veces en Francia como *primus inter pares*, el monarca era una figura preponderante no solo nominalmente. En la práctica era un poderoso señor feudal, que no solo poseía tierras en Inglaterra sino en Francia.

Sería innecesario volver a explicar la relación entre la monarquía inglesa y la francesa, porque ya fue abordado anteriormente. Hay que señalar que la monarquía inglesa tuvo necesidad de legitimar su derecho al trono francés debido a su relación de vasallaje anterior. Por otra parte, Inglaterra enfrentó diversas formas de disidencia interna que hacían tambalear al reino. La monarquía necesitaba afianzarse.

A pesar de que tanto Francia como Inglaterra tenían realidades históricas diferentes, las dos monarquías necesitaban asegurar la legitimidad de su poder para lograr la victoria. Es precisamente en este contexto donde intervinieron los cronistas. La relación que tiene el principio monárquico con la formación del estado-nación reside en que la monarquía es la única institución de carácter protonacional que es además común a todo el reino, semejante a la Iglesia en ese aspecto. Sin embargo, como explica Jacques Le Goff el cristianismo y la Iglesia tributan a la conformación de una mentalidad “internacionalista” (1999, p. 12), es decir, a la idea de la cristiandad como universo, la que está opuesta a cualquier criterio de identidad regional. Por tanto, la legitimación del principio monárquico aseguraría a la monarquía el apoyo y reconocimiento de los súbditos, imprescindible para construir el estado-nación.

## LAS CRÓNICAS Y LA LEGITIMACIÓN

Las razones por las cuales los cronistas, o al menos, un número considerable de ellos se dedicaron con tanto ahínco a maximizar los logros regios y a alabar las virtudes de los monarcas, pueden ser disímiles. El mecenazgo y la protección es tal vez la más evidente. Los beneficios del patronazgo real eran amplísimos, lo cual explicaría los motivos y el interés de muchos cronistas por su labor. Sin embargo, esta no es la única causa. La devoción y fidelidad a la figura regia parte no solamente de intereses tan pragmáticos<sup>5</sup>, sino de una mentalidad y una espiritualidad completamente diferentes a la nuestra en la actualidad, difícil en ocasiones de entender. El carácter divino de la monarquía, la capacidad taumatúrgica de los reyes, la fidelidad señor-vasallo, entre otros factores, incluidos los personales, pueden explicar la necesidad que sentían los cronistas de apoyar al rey. Claro está que la labor del cronista es en parte propagandística, si utilizamos términos políticos contemporáneos, pero no es solamente la ambición de riquezas y poder lo que estimula al cronista a realizarla, es también la convicción de que la causa real es justa, divina y legítima por sí misma.

El cronista legitimaba al monarca en ocasiones con su deber ser, pero no con uno inventado por él mismo, sino con el del imaginario popular tradicional. Existía en la mentalidad del hombre medieval un monarca ideal ¿Cómo ese monarca ideal se concebía en la Edad Media? El rey era justo siempre, defendía a sus súbditos de los señores feudales crueles, era valiente en la batalla, buen cristiano, fiel seguidor de los ideales caballerescos, etc. Se presentaba como un arquetipo, pero el cronista no podía proyectar esta imagen cuando la realidad se había manifestado diferente, por ejemplo, cuando el rey había huido de un combate, había perdido una batalla, o se mostraba incapaz en su comportamiento. Entonces el cronista mostraba otra imagen del monarca que lo dejaba en una posición menos humillante, se creaba el estereotipo del rey mal aconsejado, mal servido, traicionado. De esta forma perdía la culpabilidad por todo lo que era ineficaz en el reino. “La realidad política aparece explicada en el lenguaje de la canción

popular y la novela caballeresca” (Huizinga, 1994, p. 23). Es decir que la legitimación del principio monárquico emanaba en parte de una creencia popular, y no solamente de un cálculo racional premeditado.

¿Esto significa que todos los súbditos del rey lo consideraron verdaderamente una figura intachable y a la cual se le debía fidelidad absoluta? Definitivamente no. Los desafíos a la autoridad del monarca durante los siglos XIV y XV eran innumerables: en Francia los borgoñones afrontaron la autoridad del rey francés al aliarse con el inglés, la sublevación de 1381 en Inglaterra puso en jaque a la monarquía inglesa, entre otros ejemplos. No obstante, la existencia del principio monárquico no estaba en dudas por muy contradictorio que parezca. Los sublevados de 1381 en Inglaterra no se alzaron contra la monarquía para ponerle fin, sino que pretendían erradicar la inmovilidad social y la explotación feudal. El propio Froissart, quien era aristócrata por excelencia y por tanto un enemigo acérrimo de los sublevados, reconocía en su crónica que en ningún momento estos pretendían acabar con la monarquía. Ningún súbdito rebelde –por lo general, para no ser absoluto– consideró que la monarquía debería desaparecer, simplemente se oponían a la persona concreta del presente monarca y cuestionaban su derecho al trono.

Ahí radica la esencia de la legitimación de los cronistas. Trataban de hacer coincidir el ideal de monarca del imaginario popular con el de su señor, además de reforzar el principio monárquico por sí mismo. Legitimaban tanto a su rey en particular como al régimen monárquico, y trataban de hacerlos indivisibles, reafirmando una forma de principio monárquico más evolucionado y estable, más reacia a los cambios abruptos en el gobierno, que confirió la estabilidad necesaria para la centralización del estado nación. Ellos apoyaban al monarca al que estaban ligados por los más disímiles lazos y trataban de demostrar su derecho al trono para evitar que el rey fuera cuestionado. El principio monárquico existía y era reconocido, pero no alcanzaba los niveles que tuvo durante el absolutismo. Nadie o muy pocos se atreverían a haber cuestionado el derecho al trono de

<sup>5</sup> Razones económicas y políticas pueden encontrarse en las contiendas bélicas de la Edad Media, pero a ellas se suman comportamientos de monarcas, vasallos, clérigos o siervos a los que no pueden soslayárseles móviles que responden a la espiritualidad de la época o a las pasiones humanas. ¿Alguien puede negar que independien-

temente de los beneficios económicos que pudieron impulsar a muchos hombres a ir a Tierra Santa, hubo otras motivaciones menos prácticas como alcanzar la redención de sus pecados? O, ¿se podría negar acaso que la venganza no desempeñó un papel fundamental en el conflicto francés entre los *Armagnacs* y los *Bourguignons*? Por citar sólo dos ejemplos.

Luis XIV, sin embargo, probablemente casi toda Francia cuestionó el derecho de Felipe VI cuando ascendió al trono, al punto que es conocido aún hoy como Felipe el Rey Encontrado.

Los cronistas eran hombres que no pertenecían a las capas más bajas de la sociedad medieval. El conocimiento de la escritura era privilegio de unos pocos. Por ello los cronistas solían ser clérigos o miembros de la aristocracia. Tanto clérigos como aristócratas se encontraban amparados por una especie de mecenazgo de los monarcas sobre quienes narraban. No necesariamente las crónicas tenían que ser encomendadas por el propio rey, su creación podía ser deseo personal del cronista, pero es difícil imaginar que estos hubiesen intentado ofender de alguna forma al señor que les daba cobijo en su corte, o apoyaba a su abadía o iglesia según fuera el caso.

No todas las crónicas estaban necesariamente vinculadas al monarca, ni narraban sobre sus hazañas. Estas podían abordar los más diversos temas y responder también a otros intereses que no fuesen los monárquicos. Los grandes señores, duques y condes contaban en ocasiones con cronistas fieles a ellos, y si estos llegaran a enfrentarse al rey, los cronistas no dudarían en apoyar en sus narraciones a sus señores. Aunque habría que decir que la labor de estos cronistas era delicada y compleja, puesto que la defensa a ultranza de sus señores no podía hacerlos pasar por nobles desleales e irrespetuosos de los lazos vasalláticos y de la jerarquía nobiliaria a la que pertenecían. Cronistas como Georges Chastellain se vieron en esa difícil posición, justificando la rebeldía de los duques de Borgoña y alabando en una misma obra la grandeza del rey de Francia, quien según él era el único hombre más grande que su señor (Chastellain, 1827, p. XXIII), debía reconocer. Pero, no perdía la oportunidad de afirmar que el semblante de su señor Felipe el Bueno ameritaba corona de emperador (Chastellain, 1827, p. 260), colocando al duque por encima de un rey.

Por lo explicado anteriormente se puede deducir que hay un elemento que validaba la autoridad monárquica y que estaba presente en todos los cronistas, incluso en

aquellos que eran fieles a señores rebeldes, y era la legitimación de la sociedad estratificada a la que pertenecían. El rey, todos los señores feudales grandes y pequeños, y los clérigos gozaban del privilegio de ser miembros de los estamentos superiores de la sociedad medieval, y nunca su derecho a diferenciarse de las capas más bajas fue puesto en duda por los cronistas, puesto que ellos mismos eran parte de lo más alto de la escala social. Más adelante será explicado mediante un ejemplo de este fenómeno a través de las crónicas de Froissart.

Después de este preámbulo podemos comenzar el análisis de algunas de las crónicas del período<sup>6</sup>. Estas son la Crónica Francesa de Londres, Las Grandes Crónicas de Francia y la crónica de Jean Froissart, las cuales servirán de ejemplo de cómo los cronistas legitimaron el principio monárquico.

## LA CRÓNICA FRANCESA DE LONDRES

La Crónica Francesa de Londres (Riley, 1863) es una compilación de la historia de Londres que registró la sucesión de alcaldes y sheriffs de la ciudad, además de narrar los acontecimientos fundamentales que tuvieron lugar durante sus respectivas magistraturas. Esta crónica se caracteriza por presentar una visión comprometida con la monarquía inglesa. Esta fue incluida en una edición moderna de *The Chronicles of Mayors and Sheriffs of London*, que bajo la misma tónica de la Crónica Francesa de Londres narra a partir de finales del siglo XII hasta el XIII la sucesión de alcaldes y sheriffs de Londres. Los objetivos que perseguía son difíciles de determinar. La versión original fue escrita en franconormando. Es importante señalar que el manuscrito original no tenía nombre, fue compilado en el siglo XIV y publicado en 1844 por la Camden Society bajo la supervisión de George James Aungier, con el título de *Croniques de London*. A pesar de todas las incógnitas que rodean a esta crónica, sobre todo las concernientes a su autor, resulta sumamente útil debido a la información que aporta relativa a los primeros momentos de la Guerra de los Cien Años. La crónica, aunque mantuvo la mención cronológica de los alcaldes y sheriffs de Londres, se centró más en los sucesos concernientes a

<sup>6</sup> Solamente fueron tomadas para la exposición de los resultados investigativos tres crónicas, debido a la imposibilidad de analizar exhaustivamente en un artículo la enorme diversidad de crónicas escritas en los siglos XIV y

XV en Francia e Inglaterra. No obstante, se tuvieron en cuenta para este estudio crónicas como las de Georges Chastellain, Jean Chartier, Enguerrand de Monstrelet y el *Journal d'un bourgeois de Paris*.

los monarcas ingleses. En particular resulta interesante la narración de la vida de Eduardo III, debido a la relevancia de este monarca para Inglaterra, además de ser el iniciador de la guerra.

Uno de los elementos más llamativos de la crónica es la constante alusión a los consejos y parlamentos reunidos por Eduardo III. El rey fue mostrado en la crónica como un hombre firme y seguro, pero siempre dispuesto a escuchar consejo. Incluso en las decisiones de guerra, por ejemplo, durante la batalla de Sluys, bien retratada en la crónica, el monarca fue descrito como receptivo a las recomendaciones de sus hombres. Independientemente de la veracidad, la obra demuestra la capacidad de un monarca inglés para ser receptivo con sus súbditos y estar dispuestos a reunirse con el parlamento, es un mérito indiscutible en relación con la ya descrita monarquía inglesa. En 1328 Eduardo III partió hacia Francia con el objetivo de hacerle homenaje al rey francés. Este episodio es puramente simbólico, pero tiene gran importancia desde el punto de vista de la época. Al realizarse dicho homenaje, el monarca inglés reconocía al francés como su señor. Por tanto, Eduardo III rechazaba su derecho al trono francés, por lo cual sería traicionera su reclamación a él posteriormente, independientemente de los argumentos que él pudo esgrimir en su favor. Debido a lo delicado que es este episodio, el cronista, a pesar de la importancia que tiene, decide dejarle unas pocas líneas, algo que contrasta tremendamente con la narración de este suceso que aparece en las Grandes Crónicas de Francia, algo que será explicado posteriormente. Además, se nota la clara intención del cronista por responsabilizar totalmente al rey francés por el inicio de la guerra:

...el rey de Francia erradamente comenzó la guerra contra el señor Eduardo, nuestro joven Rey. Y entonces, mensajeros fueron enviados al Rey de Francia, sean dichos, el Arzobispo de Canterbury, el Obispo de Durham, Sir Geoffrey Scrope, y Sir William de Clinton, el Earl de Huntingdon, para tratar la paz entre los dos reinos de Francia e Inglaterra; y ellos le ofrecieron grandes regalos, propuestas matrimoniales, un gran tesoro, pero el Rey de Francia no consentiría imprudentemente, ni consentiría ningún término, sino que haría la guerra de cualquier forma, e incautaría la tierra de Gascuña, y

todas las tierras que nuestro joven Rey tenía más allá del mar...<sup>7</sup> (Riley, 1863)

Es una realidad que Felipe VI pretendía encarnar la figura del caballero medieval, por lo que hacía gala de belicosidad, pero comprender que tuvo gran responsabilidad en el inicio de la guerra no significa asumir que la tuvo toda. Las pretensiones al trono francés que tenía Eduardo III eran evidentes, y estas aspiraciones están omitidas totalmente en la crónica.

Cuando Eduardo se proclamó rey de Francia el cronista utilizó una expresión, que no es difícil de asumir como incierta:

... en este momento Felipe de Valois perdió su nombre y título de Rey de Francia; y a Sir Eduardo, nuestro Rey, fue dado el nombre y título de legítimo Rey de Francia y de Inglaterra; a lo cual accedió con el consentimiento de toda la caballería de la Cristiandad... (Riley, 1863)<sup>8</sup>

Felipe nunca perdió su título de rey ni todos los caballeros de la Cristiandad reconocieron a Eduardo como rey de Francia, porque la propia lógica impone que eso es imposible. Por otra parte, el cronista llama a Eduardo rey legítimo de Francia, por ende, la legitimidad queda recogida en este fragmento como un aspecto fundamental, algo que el cronista considera importante recalcar.

Este escritor anónimo se da a la tarea de ensalzar a su rey de las más disímiles formas. En todo momento devalúa y pone en duda el coraje de Felipe VI, presenta a Eduardo como un verdadero caballero, un rey clemente, además de un cristiano devoto. Esto último se evidencia en el siguiente ejemplo. Momentos antes de la batalla de Sluys, Eduardo, según el cronista, expresó que no estaba de acuerdo en pelear un viernes, puesto que un viernes murió Jesucristo, y no derramaría sangre en ese día. Como si se tratara de una narración homérica, el viento comenzó a favorecer a la flota inglesa luego de Eduardo haberse expresado de esa forma. Como se evidencia se legitima a la causa del monarca también mediante su fidelidad a la religión cristiana y a la divinidad.

<sup>7</sup> Traducido del inglés por el autor. El sitio web no cuenta con paginación de los documentos.

<sup>8</sup> *Ídem.*



## LAS GRANDES CRÓNICAS DE FRANCIA

Las Grandes Crónicas de Francia o Crónicas de Saint-Denis (Paulin Paris, 1836), son una monumental obra encargada por Luis IX que pretendía conservar de forma cronológica la historia de los monarcas franceses desde sus orígenes. Las mismas fueron continuadas en tiempos posteriores hasta el año 1461, y no fueron escritas por una sola persona, fueron obra de diferentes cronistas, en particular los monjes de la Abadía de Saint-Denis. Los detalles sobre sus autores no son claros, no es posible saber en ocasiones, si aquellos que firmaron los manuscritos eran copistas, traductores o autores. Las crónicas primigenias que tenían el mismo nombre estaban escritas en latín, fueron traducidas al francés y posteriormente fueron continuadas en este idioma a partir del año 1340. Su vinculación directa con la monarquía, -puesto que constituyen una historia oficial de la monarquía francesa-, y su visión apologética de la misma, son suficientes razones para su utilización en esta investigación.

El primer problema de legitimidad que afrontaron los Valois fue su propio derecho al trono, puesto en duda por los ingleses. No es por ello casual que las primeras palabras dedicadas por los cronistas de Saint-Denis al reinado de Felipe VI están vinculadas a este particular. El fragmento siguiente es muy ilustrativo:

Después de la muerte del rey Carlos el Hermoso, quien había dejado a la reina Juana encinta, los barones y los nobles se reunieron a tratar el asunto sobre el gobierno del reino. Puesto que la reina estaba embarazada y no se sabía que niño tendría [varón o hembra], y si por tanto se le aplicaría el título de rey, la cuestión se decidió que el gobierno del reino debería ser de aquellos más próximos. Fue deliberado que a Felipe le pertenecería el dicho gobierno, quien era primo del rey Carlos e hijo de monseñor Carlos de Francia, antaño conde de Valois, segundo hermano consanguíneo de padre y de madre del rey Felipe el Hermoso. Felipe tuvo el gobierno del reino desde la muerte del rey Carlos hasta el viernes que la reina Juana parió una niña. Y por esto de que una niña no hereda el reino, [Felipe] fue coronado con razón; a pesar de lo que el rey de Inglaterra y otros enemigos del reino tenían, contra tan razonable opinión, diciendo que el reino pertenecía mejor al

inglés como era sobrino del rey Carlos... que el mencionado Felipe no era más que primo hermano (Paulin, 1836).<sup>9</sup>

Como se puede observar hay una marcada insistencia en desacreditar el derecho al trono al rey Eduardo. Pero estas líneas tienen además un mensaje más sutil. El cronista dejó bien claro que la hija de Juana por ser mujer no podía heredar, y da la impresión de que el malentendido entre ingleses y franceses fue por este particular. En realidad, no era así, si la hija de Carlos y Juana hubiese heredado el trono, Eduardo no tendría derecho a reclamarlo, es decir para él, eso no debió ser una preocupación, y no era la razón de la disputa. El cronista recalcó este hecho para dejar claro que una mujer no puede heredar un reino, y por tanto es imposible que la madre de Eduardo, Isabel, hija de un rey francés, le haya transmitido el derecho a ser rey de Francia, aunque este tuviera un parentesco más cercano con el monarca fallecido del que pudiera tener Felipe. A esto hay que sumarle que el cronista en ningún momento es muy explícito sobre las razones por las cuales Eduardo podría reclamar el trono.

En el vocabulario del cronista las palabras *traición* y *deslealtad* son frecuentes para designar a los enemigos de Felipe VI, incluido por supuesto el rey inglés y Robert d'Artois, quien despunta como uno de los principales nobles franceses que se oponen al Rey Encontrado. Para justificar por qué estos personajes son traidores, el cronista dedica una parte considerable de su narración a la famosa ceremonia del homenaje entre Eduardo y Felipe. Seguramente el lector recordará que en la Crónica Francesa de Londres se le dedicó unas pocas líneas a este hecho histórico, pues bien, el cronista de Saint-Denis reproduce aparentemente de forma íntegra los que debieron ser los juramentos originales de los dos monarcas. Esto evidencia claramente cómo los cronistas escriben u omiten pasajes deliberadamente a favor de la élite de poder que representan.

Como ya fue explicado, la guerra fue durante la mayor parte del tiempo desfavorable para los franceses. Por ello, el cronista tiene que narrar el inicio de un período de calamidades, derrotas y sufrimientos para Francia, males de los cuales Felipe parecía tener parte de la responsabilidad. El cronista de Saint-Denis, en la medida

<sup>9</sup> Traducido del francés por el autor. El sitio web no cuenta con paginación de los documentos.

de lo posible, edulcora la realidad, y se vale del estereotipo del rey víctima de malos consejos, traiciones y del mal proceder de sus hombres, y trata de justificar en todo momento las derrotas militares. Un ejemplo se puede observar cuando es relatada la batalla de Sluys, la derrota es atribuida a que los ingleses contaban con más caballeros entre sus fuerzas, de este modo, el monarca no queda denigrado o humillado ante el lector.

Por otra parte no se puede pensar que todo el tiempo el cronista trata de ocultar la verdad, en ocasiones parece simpatizar con el sentir general, como cuando narra el gran descontento que provocó la imposición de la *gabelle*<sup>10</sup>. El cronista parece horrorizarse con la violencia de la guerra e incluso con la justicia real cuando se torna demasiado cruenta. Aunque no pone en dudas la justeza del monarca, refleja su intolerancia a la crueldad desmedida. El pasaje que mejor lo refleja es el referente a la ejecución de un burgués de Compiègne cuyo nombre era Symon Pouilliet, quien fue sentenciado a un brutal desmembramiento “y todo esto por lo que había dicho, ... sobre que el derecho al trono de Francia pertenecía mejor a Eduardo, rey de Inglaterra, que a Felipe de Valois”<sup>11</sup> (Paris Paulin, 1836). Tal vez esta manera de interpretar la realidad, que se aleja un tanto de una legitimación absoluta del monarca, esté vinculado al hecho de que los cronistas de Saint-Denis son monjes, quienes estaban más desvinculados de la violencia y la crueldad que los miembros del estamento de los que luchan.

Otro elemento a destacar de la crónica es que a medida que la guerra se extendía y se tornaba más cruel, el cronista les atribuye cada vez más a los ingleses una imagen de extranjeros invasores y opresores. Es muy interesante como la Guerra de los Cien Años comenzó como un conflicto netamente feudal y a medida que los pueblos de ambos lados del Canal se autorreconocieron como diferentes y se responsabilizaron mutuamente con sus males, adquirió ribetes de un conflicto de nacionalidades. La crónica de Saint-Denis capta muy bien este proceso, y se ve en sus líneas la transformación del pasaje heroico de tipo caballeresco, en el pasaje heroico de tipo patriótico, en el que los caballeros defienden su tierra del extranjero brutal y sanguinario, donde no median en la lucha solamente las motivaciones de honor y

gloria típicas del feudalismo. Es interesante que el cronista de Saint-Denis tiene un concepto de nación francesa aún muy estrecho, habla en ciertos momentos de bretones y franceses como nacionalidades completamente diferentes. Esto es perfectamente comprensible, pero es algo que no se debe pasar por alto porque genera conflicto con nuestra visión actual.

El colofón de la legitimación ocurrió al morir Felipe VI. El cronista cuenta las innumerables hazañas del rey en vida, su victoria sobre los flamencos, y su actitud como buen cristiano. Además, da a conocer grandilocuentes epítetos como Felipe el Afortunado, el Feliz, el Muy Buen Cristiano y el Verdadero Católico. Al parecer el cronista olvidó incluir en ese homenaje póstumo el epíteto con el que más fue y es conocido: Felipe el Rey Encontrado.

## LAS CRÓNICAS DE JEAN FROISSART

Las crónicas de Jean Froissart (de Lettenhove, 1967) son una de las crónicas más importantes de la Edad Media. Fue uno de los cronistas más conocidos de su época, y su obra es considerada una de las mejores referencias para estudiar la Guerra de los Cien Años durante el siglo XIV. Froissart nació en Valenciennes (Francia). A pesar de su origen francés tuvo una visión del mundo cosmopolita, puesto que fue un gran viajero. Recorrió varios países de Europa Occidental (Inglaterra, España, Italia y Escocia) por lo que estuvo capacitado a escribir crónicas no solo de su país de origen. Vivió buena parte de su vida en Inglaterra, donde sirvió al rey Eduardo III y a sus hijos. Esta vinculación con la monarquía inglesa y su origen continental convierten a sus crónicas en un objeto de estudio sumamente interesante. Froissart tuvo que narrar los acontecimientos de la Guerra de los Cien Años, la contienda bélica que enfrentó a su país de origen con su país de acogida. Otra característica como cronista es que estuvo muy influido por el ideal caballeresco.

Su narrativa se muestra muy diferente a la observada en las crónicas anteriores. Difícilmente se podrían encontrar en su obra formas de legitimación de la causa monárquica tan abiertas como en las crónicas precedentes. Este cronista, aunque es de origen burgués, se identificó con la nobleza y se sintió como un miembro más

<sup>10</sup> Impuesto sobre la sal en Francia que fue aplicado durante siglos, que resultaba muy oneroso para la población.

<sup>11</sup> Traducido del francés antiguo por el autor. El sitio web no cuenta con paginación de los documentos.

de la clase aristocrática. Sus continuos viajes por Europa le permitieron mantener relaciones amistosas con caballeros y nobles de todas partes, por lo cual le resultó muy difícil afiliarse a un bando determinado. Sus buenas relaciones con la monarquía inglesa no lo convirtieron en un defensor ciego de la misma, fue más bien un defensor del privilegio feudal y el ideal caballaresco; sus crónicas se resumen en guerras atroces en las que sobresalen actos de valor protagonizados por la nobleza.

El cronista era un hombre sumamente elitista, y siempre que le fue posible vinculaba la barbarie de la guerra con las capas más bajas de la sociedad, es decir, campesinos, soldados, etc. En determinados momentos la narración nos sumerge en una aventura terrible de combates, de muerte, de actos heroicos, de sacrificios, de valor y honor, como si se tratase de una novela de aventuras. Al parecer Froissart disfrutaba ese mundo de la guerra de los caballeros y no parece horrorizarse ante la crueldad de la misma, como es apreciable en las Grandes Crónicas de Francia. Esto se explica por el hecho de que el cronista conoce y es amigo de muchos de esos caballeros autores de las atrocidades de la guerra, los cuales se comportan como bandidos comunes, saqueando, robando y quemando lo que encuentran a su paso. Para Froissart es como si el botín fuera parte indispensable de la aventura caballeresca, y así lo justifica. No obstante, está siempre dispuesto a resaltar a los caballeros que rescatan a damiselas en peligro durante los terribles asedios ingleses a las ciudades francesas, y responsabiliza de la barbarie contra las inocentes doncellas y niños solamente al populacho que integra los ejércitos; muestra indiferencia y en ocasiones repulsión hacia el sufrimiento o padecer de las clases bajas. Esto es algo muy marcado de Froissart que no es apreciable en la misma medida en las crónicas anteriores. El fragmento siguiente, perteneciente al asedio de Caen es muy ilustrativo para mostrar todas las características ya mencionadas de la narrativa de Froissart:

Entonces el condestable y el earl de Tancarville, estando en las torres del puente miraron a lo largo de la calle y vieron a sus hombres asesinar sin clemencia... Al final vieron a un caballero inglés tuerto llamado sir Thomas Holland, y cinco o seis otros caballeros con él

... y entonces [Thomas Holland] montó su caballo y cabalgó por las calles, y salvó la vida de muchas damas, damiselas y monjas... (1910)<sup>12</sup>

Froissart como ya se ha dicho no tomó partido por ningún contendiente de la Guerra de los Cien Años, simpatizaba tanto con un bando como el otro. El cronista no se dio a la tarea de humillar a ninguno de los monarcas contendientes, por el contrario, no temió alabar la genialidad de la victoria del príncipe Eduardo<sup>13</sup> en Poitiers, así como el valor del rey Juan II, quien combatió con fiereza con un hacha en la mano. Dada esta característica de Froissart, resultaría difícil imaginar que este legitimaba el principio monárquico de alguna forma; sin embargo, un análisis más profundo del cronista nos permitirá revelar una óptica diferente sobre este asunto.

En primer lugar, hay que señalar que el hecho de que Froissart no tomara partido por un monarca ni el otro, no significaba que él no sea un monárquico convencido. El elitismo de Froissart y su defensa del privilegio feudal, lo convierten en un hombre partidario del *statu quo*, y no podemos olvidar que la autoridad real se sustenta también en el privilegio feudal. El monarca es parte de esa clase aristocrática de la que Froissart se siente parte y está dispuesta a legitimar. Aunque el cronista no tome partido por un monarca u otro no significa que haga gala de una gran objetividad. La crónica revela tanto al rey inglés como al francés como grandes caballeros virtuosos, absteniéndose de retratarlos con exactitud porque esto podía implicar dañar la imagen de alguno de ellos de forma grave.

A pesar de que Froissart no parece ser el ejemplo ideal de la legitimación del principio monárquico, al menos de forma explícita, existe un pasaje que demuestra lo contrario. Este es el relativo a la Revuelta Campesina de 1381, una de las más conocidas de la Edad Media, que puso en jaque a la monarquía y al feudalismo inglés. Los campesinos ingleses se cansaron de siglos de explotación feudal, e inspirados por las ideas del sacerdote John Ball se levantaron para acabar con el privilegio feudal. Las ideas que promulgaba el clérigo hicieron temblar a Inglaterra: “¿Cuándo Eva hilaba y Adán cavaba, quién era el caballero?”<sup>14</sup> (Weisman, 2003, p.

<sup>12</sup> Traducido del inglés por el autor. El sitio web no cuenta con paginación.

<sup>13</sup> Príncipe de Gales, hijo de Eduardo III, conocido como el Príncipe Negro.

<sup>14</sup> Traducido del inglés por el autor.

17). El carácter revolucionario de este pensamiento era evidente, este silogismo destruía el mito de que era necesaria la existencia de una clase privilegiada. Entonces valdría la pena preguntar si la monarquía en algún momento estuvo en peligro.

“Estas malvadas gentes ... comenzaron a sublevarse, porque se decía que los tenían en gran servidumbre, y que en el comienzo del mundo no había siervos... y ellos no traicionaban a su señor...”<sup>15</sup> (Froissart, 1922, p. 25).

Como se puede observar, Froissart conocía plenamente las causas de la rebelión, y su aversión hacia los sublevados es evidente. Los calificativos despectivos del cronista no son pocos, desde llamarle a John Ball cura loco, hasta emplear símiles al expresar que los alaridos de los rebeldes eran más terribles que los de todos los diablos del infierno juntos. Habría que preguntarse por qué Froissart -quien se había mostrado tan neutral en el conflicto anglo-francés asume una postura tan parcial. La respuesta podría ser sencilla, el privilegio aristocrático estaba en peligro y Froissart siempre fue un defensor de las posturas elitistas.

Al parecer hay determinadas personas en la sublevación que no son propiamente campesinos. Por ejemplo, un caballero que según el cronista fue apresado por los sublevados y le fue encomendada la tarea de entrevistarse con el rey Ricardo II para exponer las peticiones de los rebeldes. Froissart hace una narración melodramática en la que el caballero pide disculpas al rey y le explica que es un prisionero. El rey magnánimo, como es de esperarse, lo perdona y comprende la situación. La crónica trata de exonerar la responsabilidad del caballero, si es que tuvo alguna. Por otra parte, Froissart trata de ocultar la pasividad de algunos nobles ante la sublevación. Todo parece indicar que el antagonismo campesino-noble fue más remarcado por el propio cronista del que tal vez haya podido existir, y aunque ha sido muy tentador para algunos historiadores, asumir a esta sublevación como una expresión clara de lucha de clases, la evidencia no parece corroborarlo.

El estudio de Stefanie Weisman (Weisman, 2003) sobre las crónicas que narran la Revuelta de 1381, incluida la de Froissart, aporta una visión novedosa sobre este tema. Asume el hecho que la palabra *campesinos*

no define a ningún grupo social en específico, el campesinado no era una unidad monolítica, de hecho, como Weisman explica, los campesinos libres más ricos estaban más cercanos a la baja nobleza que a los siervos. Por tanto, la idea de que la sublevación de 1381 fue una revuelta de siervos miserables es más una construcción artificial. Es sabido que hubo nobles que participaron en la revuelta, aunque por razones diferentes. Al descontento por la explotación feudal se unieron otros factores como la mala gestión del reino que estaba en manos de los nobles más poderosos, en particular Juan de Gante. Ricardo II era visto como un monarca joven y manipulado, a esto hay que sumarle algunos fracasos en la guerra con Francia. De hecho, es probable como plantea Weisman que a Ricardo los sublevados le hayan propuesto unirse a la revuelta. Otro elemento que tradicionalmente se ha tornado ambiguo es que los sublevados se hacían llamar representantes de las comunas, es decir, comunes. Este término crea confusión puesto que tiene dos interpretaciones: el de simples y desposeídos, o el de representantes de la Comuna. De hecho, en ninguna época de la historia de Inglaterra ser miembro de la Cámara de los Comunes implica necesariamente ser un desposeído.

La narración de Froissart creó una realidad muy conveniente tanto para la aristocracia como para la monarquía. La Revuelta de 1381 fue una rebelión de campesinos, interpretándose este término de forma despectiva como solía hacerse en la Edad Media, en la cual los nobles no participaron y los que lo hicieron fueron forzados, y, por otra parte, Ricardo II no aparece nunca como el rey débil y dubitativo, sino como el monarca que se enfrenta a la sublevación rodeados de sus fieles vasallos. Curiosamente Ricardo II tiempo después fue obligado abdicar.

Es decir, la crónica de Froissart desdibujó la realidad de esta revuelta, asegurando el desconocimiento de la misma, y el mantenimiento del *statu quo* tanto para la aristocracia como para la monarquía, y que ninguna de las dos fueren a vincularse en un futuro con algún tipo de desorden. Las palabras de Weisman sobre el papel de los cronistas de la Revuelta de Campesinos, entre los que se incluye Froissart, son reveladoras:

Las crónicas de la Revuelta Campesina están llenas de tensión y elementos contradictorios. Parecen centrarse

<sup>15</sup> Traducido del francés por el autor.

alrededor de dos imágenes. Los cronistas presentan su propia imagen de los rebeldes- los describen como gente de bajo nivel, estúpida y malvadas criaturas. Subyace a esta representación, sin embargo, otra imagen de los insurgentes- la cual los rebeldes produjeron de ellos mismos. Los rebeldes intentaron presentarse como ciudadanos respetables del reino. Ellos solían usar términos como comunes y comuna; ellos intentaron proclamar que su objetivo era purgar al reino de traidores ... y clamaron tener el apoyo de ciertos nobles, e incluso del rey mismo, para persuadir a la comunidad del reino de que su causa era justa. Al final, sin embargo, fue la imagen de los cronistas la que prevaleció en la imagen popular. El hecho que hoy usamos el término de Revolución Campesina, cuando en realidad muchos de los insurgentes no fueron campesinos, muestra que los cronistas tuvieron éxito...<sup>16</sup> (Weisman, 2003, pp. 47-48).

## LOS LECTORES DE LAS CRÓNICAS

No es posible realizar un análisis de las crónicas y sus objetivos sin desentrañar a quienes estaban dirigidas y quienes fueron sus posibles lectores. Esto puede tener ciertas dificultades, teniendo en cuenta que la Edad Media fue una época en la que predominaba el analfabetismo, y por ende no eran las grandes masas de la población las destinatarias del contenido de las crónicas. Fundamentalmente era la élite la que podía leer las crónicas, ya fueran miembros de la nobleza o el clero, o tal vez algunos burgueses, no se debe olvidar que el propio Froissart era de origen burgués. A esto hay que añadir que la difusión de la literatura era muy lenta y limitada, todo debía transcribirse a mano.

Estos son elementos que tal vez puedan suponerse un obstáculo para afirmar que las crónicas desempeñaron un papel en la legitimación del principio monárquico. Sin embargo, no estaríamos comprendiendo a los cronistas si lo analizamos de esta forma. Los cronistas no siempre escribían pensando en sus contemporáneos, lo hicieron también para la posteridad. Enguerrand de Monstrelet, afamado cronista, afirmaba que escribía porque los hombres debían hacer algo útil (Johnes, 1840), es decir legar algo, o piénsese en las crónicas de Saint-Denis que en realidad estaban asegurando la perduración de la memoria del reino y preservando una imagen ideal de la monarquía para las generaciones fu-

turas. De hecho, las crónicas han servido tanto en Francia como en Inglaterra como fuentes de las que ha bebido la *memoria colectiva* (Halbwachs, 1950) de estas naciones. Ambos países han buscado héroes y villanos de sus historias nacionales en estos tiempos, narrados y descritos por los cronistas.

Los estados modernos hurgan en su pasado con el fin de legitimar su existencia, a lo cual los cronistas contribuyeron en cierta medida. La narrativa de estos exaltando el papel del monarca, o las acciones heroicas de los nobles en la guerra crearon un pasado casi mítico para estas naciones y de estas hazañas se nutrió el orgullo nacional, por lo que desempeñaron un papel importante en la conformación de la memoria e identidad de estas naciones. Se produjo un fenómeno de retroalimentación entre la legitimación aristocrático-monárquica de los cronistas y el nacionalismo de tiempos posteriores. Aunque ambos perseguían objetivos diferentes se complementaron, porque en estas naciones, el principio monárquico y el estado nacional estuvieron vinculados. El éxito de los cronistas es evidente. Los siervos y campesinos, obviados o representados como meros personajes secundarios envilecidos, fueron relegados *ex profeso* por ellos, e increíblemente lograron su objetivo porque la historia medieval y en particular la de la Guerra de los Cien Años hasta hoy, ha sido la historia de la nobleza, la historia de los reyes. A pesar de los esfuerzos de escuelas historiográficas que desde el siglo pasado han tratado de reconstruir la vida y la mentalidad de los olvidados, el vacío de información sigue siendo aún enorme. La historia medieval sigue siendo en parte la que los cronistas quisieron legar, a pesar del rechazo hacia las crónicas por parte de algunos historiadores que han desconfiado de la información que presentan.

Aunque los cronistas escribían en muchas ocasiones teniendo en cuenta la posteridad, imaginar que las crónicas eran exclusivamente para ese fin, y que por ende eran documentos vedados y desconocidos para casi todos en el tiempo que fueron escritas, es un error. Sirve para corroborar esto, un ejemplo de cómo se difundían las crónicas en tiempos del rey de Francia Carlos V. Este monarca, como otros de la Edad Media a los que les fue dado el epíteto de El Sabio, era un hombre culto, amante del arte y la literatura. Este rey tomó la decisión de fundar una Biblioteca Real en el Louvre, con cierto carácter público. Es sabido que entre las obras que se

<sup>16</sup> Traducido del inglés por el autor.

encontraban en la misma, estaban no casualmente Las Grandes Crónicas de Francia (Feuer; Hendecourt, 2006). Es decir, las crónicas sí llegaron a difundirse en su época, y como cualquier medio escrito debió contribuir a crear estados de opinión, en este caso a favor de la legitimación del principio monárquico.

## CONCLUSIONES

De la convulsa época de gestación de los estados nacionales de Francia e Inglaterra, las crónicas aún tienen mucho que revelar. Estas obras no solo fueron manifestaciones literarias que reflejan en buena medida su época, sino que, como pudo apreciarse, fueron instrumentos en mayor o menor medida de determinadas causas políticas, en particular de la legitimación del principio monárquico. Las crónicas fueron útiles no solo para su época, trascendieron constituyéndose como memoria escrita de estas naciones. Con el paso de los años la transmisión de información por la vía oral tiende a desvirtuarse o a perderse por completo. Por ello, aquellos que no pudieron legar a la posteridad su visión de la época en que vivieron, han sufrido la tergiversación o la eliminación de su papel histórico. Froissart convirtió a los sublevados de 1381 en unos campesinos miserables y malvados; y podría parecer que ha desaparecido de la historia el papel de las clases más bajas de la Edad Media. Por ello villano es hoy sinónimo de malvado, y noble es sinónimo de justo, correcto y honesto. Los cronistas desempeñaron un papel muy activo en legar esa visión tergiversada de su realidad, la que en buena medida ha hecho resistencia a desaparecer. Es la misma visión edulcorada de la Edad Media que trató de rescatar el Romanticismo en el siglo XIX. Curiosamente el Romanticismo tiene un nexo innegable con la búsqueda de la identidad nacional de los pueblos, y como ya ha sido explicado los cronistas no hicieron más que legitimar el pilar de la construcción de estos estados nacionales primigenios.

Leer las crónicas nos permite apreciar que aún en el siglo XV la nación francesa o inglesa no estaban completamente constituidas, las identidades regionales lo demuestran siendo aún muy marcadas. Sin embargo, es innegable que el antagonismo entre los dos bandos de la Guerra de los Cien Años permitió reafirmar un sentido de diferenciación entre franceses e ingleses que ya existía, pero que adquirió un carácter acentuado. La Guerra de los Cien Años comenzó como un conflicto

netamente feudal entre el monarca inglés y el francés, y se convirtió poco a poco en un conflicto entre franceses e ingleses.

Este fenómeno es apreciable en las crónicas, en las cuales sus autores defienden y exaltan a su monarca y su causa, la cual comenzó a ser también la muchos de sus súbditos. La delimitación entre la causa monárquica y la que sería nacional fue confusa en estos siglos. Esta es una característica de los primeros estados nacionales europeos.

Los cronistas sin ser “nacionalistas” ensalzaron y dieron prestigio a la institución monárquica, la cual terminaría por desempeñar un papel protagónico en la gestación de los estados nacionales durante los siglos XIV y XV. Estos lo hicieron a partir de la omisión de determinadas verdades, de la exaltación del papel del monarca, de la devaluación y denigración del monarca opuesto a su señor, etc. El hecho de que en muchos aspectos la historia medieval se sigue estudiando solamente a partir de los conflictos nobiliarios, de que en el lenguaje actual perviven determinadas reminiscencias aristocráticas como las anteriormente mencionadas, de que en la memoria de los pueblos francés e inglés subsisten algunos de los héroes exaltados por las crónicas, y de que la monarquía haya desempeñado su papel histórico, dice mucho sobre qué tan exitosa fue la legitimación de los cronistas. Obviamente en todo lo mencionado, ellos no fueron los únicos que contribuyeron, ni tal vez los fundamentales, pero su pequeño aporte es digno de ser estudiado aún más.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aurell, J. (2006). El Nuevo medievalismo y la interpretación de los textos históricos. *Hispania*. 46(224) p. 809.
- Benham, W. y Welch, C. (1901). *Medieval London*. Londres: Seeley and Co. Limited.
- Besant, W (1894). *The History of London*. Londres: Longmans, Green, and Co.
- Bagley, J.J. (1961). *Life in Medieval England*. Londres: William Clowes and Sons.
- Bloch, M. (1988). *Los Reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Burns, J.H. (2007). *The Cambridge History of Medieval Political Thought*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Chartier, J. (1858). *Chronique de Charles VII*. París. Recuperado de [www.gallica.bnf.fr](http://www.gallica.bnf.fr).
- Chastellain, G. (1827). *Chronique des Ducs de Bourgogne*. París. Recuperado de [www.gallica.bnf.fr](http://www.gallica.bnf.fr).
- Feuer, D. y d'Hendecourt, J. (2006). *Dictionnaire des souverains de France et de leurs épouses*. París: Pygmalion.
- Froissart, Jean (1922). *Chroniques*. En *Extraits des Chroniqueurs Français: Villehardouin, Joinville, Froissart, Comines; Paulin Paris, G. B. y Jeanroy, A. (comps.)*, París: Librairie Hachette.
- Froissart, J. y Malory, T. y Holinshed, R. (1910). *Chronicle and Romance*. Nueva York: P. F. Collier and Son. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. Recuperado de [http:// www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques\\_des\\_sciences\\_sociales/index.html](http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html)
- Hannay, D. (1898). *A Short History of the Royal Navy 1217 to 1688*. Londres: Methuen and Co. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- Harvey, B. (2001). *The Short Oxford History of the British Isles. The Twelfth and Thirteenth Centuries*. Nueva York: Oxford University Press.
- Huizinga, J. (1994). *El Otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- Johne, T. (trad.) (1840). *The Chronicles of Enguerrand de Monstrelet*. Londres: Bradbury and Evans printers.
- Journal d'un bourgeois de Paris. Saint Amand: Imprimerie Bussiere, 1963.
- Le Goff, J. (1999). *La Civilización del Occidente Medieval*. Barcelona: Paidós.
- Luce, S. (1888) *Chroniques de J. Froissart*. París: Société de L'Histoire de France. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- de Lettenhove, K. (comp. ) (1967). *Œuvres de Froissart*. Osnabrück: Biblio Verlag.
- Maeda Torres, M. Á. (2017). *El rey y el nacimiento de una nación: El principio monárquico y la construcción del estado-nación en Francia (1337-1453)* (Tesis de licenciatura). Universidad de La Habana. La Habana.
- Michelet, J. (1876). *Histoire de France*. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- Paulin Paris, G.B. (comp. ) (1836). *Les grandes chroniques de France selon qu'elles sont conservées en l'Eglise de Saint-Denis en France*. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- Perroy, É. (1961). *La expansión del oriente y el nacimiento de la civilización occidental*. En M. Crouzet. *Historia General de las Civilizaciones* (t.3). Barcelona: Ediciones Destino.
- Pérez, A. C. (2008). *El Estado-Nación. Su origen y construcción*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Perroy, É. (1961). *La expansión del oriente y el nacimiento de la civilización occidental*. En M. Crouzet. *Historia General de las Civilizaciones*, 3. Barcelona: Ediciones Destino.
- Pirenne, H. (1972). *Historia económica y social de la Edad Media*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Prestwich, M. (2005). *The New Oxford History of England: Plantagenet England 1225-1360*. Nueva York: Oxford University Press.
- Riley, H. T. (Ed.) (1863). *The French Chronicle of London. En The Chronicles of Mayors and Sheriffs of London*. Recuperado de [http:// www.british-history.ac.uk](http://www.british-history.ac.uk)
- Spiegel, G. (1997). *Past as a Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- The Magna Carta. Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)
- Tout, T.F. (2005). *The History of England. From the Accession of Henry III to the Death of Edward III*

(1216-1377). Recuperado de [http:// www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Weisman, S. (2003). *The Rebels of 1381: The Construction of Identity in the Chronicles of the Peasants' Revolt*. Recuperado de [http:// www.columbia.edu](http://www.columbia.edu)

